

Mauro Cerbino e Isabella Giunta, compiladores

Biocapitalismo, procesos de gobierno y movimientos sociales

Antonio Negri, Michael Hardt
y Sandro Mezzadra



UNIVERSITÀ DELLA CALABRIA



Scuola di dottorato in Conoscenze e
Innovazioni per lo Sviluppo
"Andre Gunder Frank"



**INSTITUTO
DE LA
CIUDAD**

Biocapitalismo, procesos de gobierno y movimientos sociales / compilado por Mauro Cerbino e Isabella Giunta. Quito: FLACSO, Sede Ecuador, 2013

138 p.

ISBN: 978-9978-67-393-5

POLÍTICA ; AMÉRICA LATINA ; CAPITALISMO ; BIOCAPITALISMO ; MOVIMIENTOS SOCIALES ; NEOLIBERALISMO ; MOVIMIENTO INDÍGENA ; CONFEDERACIÓN DE NACIONALIDADES INDÍGENAS DEL ECUADOR (CONAIE) ; ECUADOR

320.980 - CDD

© De la presente edición:

FLACSO, Sede Ecuador
La Pradera E7-174 y Diego de Almagro
Quito-Ecuador
Telf.: (593-2) 323 8888
Fax: (593-2) 323 7960
www.flacso.edu.ec

ISBN: 978-9978-67-393-5

Cuidado de la edición: Carolina Páez V. y Vanessa Bonilla

Imagen de Portada: Pablo Jijón Valdivia

Transcripción de ponencias: Isabella Giunta y Marco Panchi

Traducción del italiano: Luca Mariotti

Diseño de portada e interiores: FLACSO

Imprenta: Gráficas V&M

Quito, Ecuador, 2013

1ª. edición: mayo de 2013

El presente libro es una obra de divulgación y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador

Índice

Presentación 7

Prólogo

En diálogo abierto con Antonio Negri,
Michael Hardt y Sandro Mezzadra 9
Mauro Cerbino e Isabella Giunta

Primera Parte

Biocapitalismo y constitución
política del presente 19
Antonio Negri

Transformaciones en los procesos de Gobierno y
movimientos sociales en América Latina 43
Michael Hardt y Sandro Mezzadra

América Latina: entre impasse y nuevo conflicto social.
Notas para reabrir la discusión... 97
Sandro Mezzadra

Segunda Parte

Diálogos con representantes de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE)	109
Diálogos con representantes de otras organizaciones sociales (CNC-Eloy Alfaro, Mujeres por la Vida)	125
Los autores.	137

América Latina: entre impasse y nuevo conflicto social

Notas para reabrir la discusión

Sandro Mezzadra*

Por cierto no hemos sido los únicos, en los últimos diez años, en considerar a América Latina un formidable *laboratorio político*. A diferencia de otros, sin embargo, no nos han interesado de manera particular la retórica del ‘socialismo del siglo XXI’, el regreso del populismo o la celebración de las ‘nacionalizaciones’. Lo que ha guiado nuestro interés por América Latina, en la densa red de relaciones que hemos establecido en esa zona del mundo, más bien ha sido el punto de vista de las luchas y los movimientos que han acompañado la edad neoliberal (los años del ‘Consenso de Washington’) hasta decretar su fin. Entre la gran insurrección de los pobres de Caracas (el ‘Caracazo’) y la ‘huelga de la ciudadanía’ que en 2005 derrocó al presidente Gutiérrez en Ecuador, un extraordinario ciclo de luchas clandestinas corre por toda América Latina. El protagonismo de los indígenas (promovido simbólicamente por los zapatistas a partir de 1994) reabre una historia –la de la conquista colonial– cuya continuidad se había reproducido a lo largo de los siglos. Un nuevo problema agrario, después de la gran transformación de la agricultura provocada por la ‘revolución verde’, sale a la luz de manera prepotente a causa de las movilizaciones de los campesinos ‘sin tierra’. La tumultuosa conquista de espacios de acción y palabra por parte de multitudes de gente pobre que vive en la ciudad vuelve a poner en discusión los códigos exclusivos de los sistemas sociales y políticos. Las luchas

* Con la colaboración de Michael Hardt y Toni Negri.

obreras de nuevo tipo (por ejemplo en el ABC paulista) se encuentran con la ocupación y la autogestión de empresas en desuso y con grandes movilizaciones de desempleados.

Cuando este conjunto muy heterogéneo de sujetos –que se menciona aquí solo sintéticamente– se encuentra, por ejemplo en Cochabamba en 2000, el 19 y 20 de diciembre de 2001 en Argentina, nace una acción insurreccional de tipo nuevo. Lo que la caracteriza es el ejercicio de un ‘poder de destitución’ radical, que origina no solo la caída de algunos gobiernos, sino –multiplicado en una escala regional– el fin de la legitimidad del neoliberalismo. Los nuevos espacios políticos que se abren son ocupados por sujetos y gobiernos que solo en parte (por ejemplo con Morales en Bolivia y Lula en Brasil) tienen una relación directa con los movimientos y las luchas, mientras en otros casos (por ejemplo con Correa en Ecuador y Kirchner en Argentina) esta relación a lo sumo se construyó a posteriori, desde la perspectiva de consolidar las bases de legitimidad de los gobiernos. Por cierto la acción de destitución de los movimientos en algunos países es acompañada por la apertura de verdaderos procesos constituyentes, en los cuales (de manera particular en Bolivia y Ecuador) estos movimientos se expresan con fuerza. Pero, aun cuando esto no sucede (por ejemplo en Brasil y Argentina), la innovación que se realiza en el ámbito de la constitución material y de la misma estructuración del espacio político en la época de los así llamados gobiernos ‘populares y progresistas’ es extremadamente profunda.

Sin embargo, es importante destacar la distancia que existe en todos los países mencionados entre la acción de los movimientos y las luchas por un lado, y la formación y la acción de los gobiernos ‘progresistas’ por el otro. Esto no significa atribuir a los primeros la función meramente ‘negativa’ de la ‘destitución’ de los gobiernos neoliberales, destinando a los segundos las funciones ‘positivas’ de la propuesta y de la acción política propiamente dicha. Al contrario, en América Latina la fuerza de los movimientos se ha expresado (y sigue expresándose) en primer lugar a través de la continua generación de relaciones, institutos y redes en el ámbito político, cultural, social y económico. Tomar en cuenta la distancia entre movimientos y gobiernos para nosotros significa algo más que un ejercicio de realismo polí-

tico desde el punto de vista del análisis. También significa ganar una visión que, exaltando la autonomía de los movimientos, nos permite describir con precisión, desde el punto de vista teórico, un determinado momento histórico en el cual parece posible una experimentación institucional totalmente innovadora: o sea capaz de apostar a una transformación de la fuerza política de los movimientos en fuerza productiva sea en el ámbito político, sea considerando la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo. En estos años, en Brasil y Argentina, en Ecuador y Bolivia, nos parece que es posible encontrar ejemplificaciones concretas de esta nueva relación entre instituciones y movimientos, por cierto siempre de tipo ‘espurio’ y nunca con la pureza de un modelo. Y hemos intentado seguir los desarrollos latinoamericanos apostando al carácter materialmente expansivo de los experimentos actuales (sin por ello evitar, obviamente, poner en evidencia los caracteres problemáticos y los momentos de estancamiento que caracterizaban estos experimentos desde el comienzo). A la vez, parecía esencial la amplitud “regional” de estos experimentos, el inicio de procesos de integración de tipo nuevo que según nosotros ponían las condiciones –en la crisis de la hegemonía estadounidense– para la conquista de nuevas bases con las cuales manejar la inserción en los mercados mundiales y las relaciones con el capital financiero.

Un balance del ciclo político que en América Latina se define ‘post-neoliberal’ necesitaría un análisis profundo de los desarrollos en cada uno de los países. Dejando este análisis para las siguientes intervenciones (también por parte de los compañeros latinoamericanos), de todas maneras vale la pena destacar –en base a viajes recientes, discusiones y lecturas– algunas tendencias generales. Y nos parece que estas tendencias señalan un *impasse* respecto a los caracteres de innovación que acabamos de mencionar sintéticamente en el punto anterior. En primer lugar hay que destacar una rigidez sustancial, una reorganización de todo el proceso político alrededor de la figura del Estado, de quien muchos celebran el ‘regreso’ y la ‘recuperación de la soberanía’. Es una tendencia que asume un aspecto extremo en el caso de la Venezuela de Chávez, pero que se manifiesta claramente también en el caso del Brasil de Dilma Roussef, a menudo presentado como opuesto. En muchos países (no en Brasil, hay

que reconocer) esta centralidad del Estado coincide con la posición de un solo líder, identificado con la continuidad del proceso de transformación: el conflicto en Argentina sobre la hipótesis de modificación de la constitución para que Cristina Fernández Kirchner pueda presentarse por tercera vez a las elecciones presidenciales en este sentido es emblemático, pero no menos dominante –en una experiencia de Gobierno en la cual prevalecen retóricas tecnocráticas y extremistas– por ejemplo es la posición de Correa en Ecuador, donde entre otras cosas la Constitución de 2008 aumentó mucho el poder del presidente.

En este marco, si es cierto que las acusas de ‘autoritarismo’ por parte de los partidos de derecha muchas veces se hacen con segundas intenciones, en todo caso se pone un problema, sea por lo que se refiere a la formación y el cambio del liderazgo, sea, sobre todo, respecto a los procesos de formación y los criterios de legitimación de la decisión política. Pero el tema del ‘regreso del Estado’ se debe afrontar de una forma más general, sin quedarse ‘encantados’ por las retóricas de los gobiernos ‘progresistas’ (que celebran la renovada capacidad del Estado de controlar y ‘atenuar’ el desarrollo capitalista) pero sin renunciar a un análisis cuidadoso de las nuevas funciones sociales y económicas (pero también de reglamentación, por ejemplo en el sector crucial de los medios de comunicación) que el Estado asumió de manera contradictoria en muchos países latinoamericanos. Indudablemente, citando las palabras del vicepresidente boliviano Álvaro García Linera, hoy en día el Estado es un ‘terreno de lucha’, en virtud de la rotura de los dispositivos de exclusión que históricamente, actuando sobre raza, género y clase, habían organizado el espacio político, garantizando la reproducción y la continuidad de las elites. Aquí, sin embargo, se presenta el primer problema: la rotura de estos dispositivos de exclusión, profundamente arraigados en la historia y las sociedades latinoamericanas, se puede pensar *solo en términos relativos al proceso*, facilitando y exaltando la continuidad de la acción –necesariamente fuera de las instituciones– de los sujetos que sufrieron y siguen sufriendo el funcionamiento de esos dispositivos. Se debería volver a definir la distancia entre movimientos y gobiernos, intentando entrelazar virtuosamente las *distintas temporalidades* de la acción política que los distinguen.

Al contrario, el énfasis sobre el ‘regreso del Estado’ muy a menudo es acompañado por políticas de ‘inclusión social’ que tienden por completo a dinámicas de redistribución de la riqueza y estímulo al consumo para promover una nueva ciudadanía democrática. Hay que aclarar que estamos frente a un rasgo indudablemente positivo del ‘regreso del Estado’. Nada queda más lejos de nuestra visión que las quejas moralistas (difundidas en América Latina y en muchos otros lugares) sobre el ‘consumismo popular’; el acceso, innegable como el comienzo de políticas bien limitadas de redistribución, a nuevos consumos por parte de los pobres y los subalternos en muchos países latinoamericanos, es ante todo *conquista de poder social*, cuestionamiento de jerarquías y de dispositivos de sometimiento. Pero las retóricas y las políticas que hacen referencia al ‘regreso del Estado’ parecen promover, a través del aumento de los consumos, una integración social que corre paralela a la despoliticización de la sociedad. La ‘política’ aparece totalmente reasumida en un Estado imaginado como ‘puro’; o tal vez, más precisamente, se piensa que es posible purificarlo de las escorias ‘corporativas’, es decir del condicionamiento de ‘intereses’ de vario tipo. No hace falta decir que los ‘intereses’ importantes —a partir de aquellos de las grandes multinacionales— en gran medida se han reorganizado para reconquistar el poder de negociar y la influencia sobre el nuevo panorama político. A la vez, y es lo que más importa, nos parece que la evolución de las políticas sociales en los principales países latinoamericanos regidos por gobiernos ‘progresistas’ básicamente ha sido caracterizada en los últimos años por una regresión respecto a los rasgos innovadores que habían surgido en la fase anterior. Asimismo las retóricas de la expansión de los derechos y la inclusión social poco a poco han perdido trascendencia material, con el riesgo de limitarse a la apología de una serie de ‘concesiones’ del poder.

El ‘regreso del Estado’ en lo material se inserta en un modelo de desarrollo cuya continuidad no ha sido cuestionada en los últimos diez años. Nos parece importante, en este sentido, el debate crítico que en toda América Latina se está desarrollando sobre el ‘neo-extractivismo’. Lo que se entiende con este término es efectivamente un modelo de desarrollo que en lo fundamental quiere intensificar la explotación de los recursos naturales, sea mediante la abertura de nuevas grandes minas y pozos de petróleo, sea a

través del cultivo extensivo de la soya, para obtener, a partir de la creciente demanda internacional (en primer lugar asiática), los recursos necesarios para el financiamiento de las políticas sociales y la puesta en marcha de dinámicas de redistribución. Aquí también no nos parecen productivos los tonos moralistas que frecuentemente se encuentran en el debate que hemos mencionado: en lo principal, no queremos negar la posibilidad de un uso de los recursos naturales como bienes estratégicos, en vista de una gestión innovadora de las nuevas condiciones de interdependencia y de la búsqueda de un nuevo modelo de desarrollo. Sin embargo, tenemos la sensación que en los últimos años el ‘neo-extractivismo’ se ha endurecido, *poniéndose él mismo como modelo de desarrollo indiscutible*, con consecuencias gravísimas no solo desde el punto de vista ambiental, sino también de lo social. Los duros enfrentamientos que en varios países latinoamericanos han acompañado esta tendencia, involucrando en gran medida a los movimientos campesinos e indígenas (en Argentina y Bolivia, en Ecuador y Perú), según nosotros son emblemáticos del fin de aquella dialéctica entre desarrollo y Buen Vivir que había encontrado su reconocimiento internacional, por ejemplo en Ecuador y Bolivia.

Las retóricas ‘desarrollistas’ (para introducir otro término muy utilizado en los debates latinoamericanos) de los gobiernos ‘progresistas’ siguen presentando el extractivismo como base para un desarrollo económico de tipo básicamente industrial (y, en algunos casos, post-industrial, identificado con la promoción de la *economía del conocimiento*). Nosotros creemos, sin embargo, que justamente se trata solo de retóricas. La función de impulso dada por la exportación de materias primas no corresponde en particular a dinámicas de un aumento real del trabajo dependiente y formal; al contrario, hay una precariedad laboral cada vez más alta (incluso en Ecuador, donde el Gobierno prohibió la tercerización, el promedio de duración de los nuevos contratos de trabajo es de tres meses). Este es un punto de importancia decisiva, también respecto al regreso del Estado: contrariamente a lo que se manifiesta a menudo, este regreso de hecho no parece tender a una inclusión social y una ciudadanía democrática enfocadas al trabajo, según el modelo del Estado social predominante en la Europa occidental del segundo posguerra. Hay un primer elemento de gran fragilidad, sea en

el neo-extractivismo sea en el regreso del Estado (a más de su concatenación en la situación actual latinoamericana). Nosotros consideramos que la importancia que se da a los consumos en el nuevo modelo de inclusión social, en presencia de una precariedad laboral generalizada, se presta a dar vía libre a una intervención renovada (justo en función del financiamiento de los consumos) de otra potencia que funciona según lógicas básicamente extractivas, es decir el *capital financiero*. Y en muchas ciudades latinoamericanas (el ejemplo de Río de Janeiro, donde tendrán lugar el Mundial de fútbol en 2014 y las Olimpiadas en 2016, es muy instructivo) se vuelve a plantear de manera muy agresiva la alianza entre el capital financiero y el capital inmobiliario, con un violento ataque a la gente de las favelas, en base al criterio de liberar espacio para la valorización del capital.

Se trata, evidentemente, de frentes *conflictivos*, sobre los cuales ya se encuentran prácticas de resistencia y autoorganización. Muy raramente, sin embargo, los gobiernos progresistas hoy en día tratan de ponerse de acuerdo con estas prácticas, porque solo de ellas podría llegar la renovación democrática de su acción. Otro elemento de fragilidad esencial del modelo que en América Latina se está construyendo alrededor del neo-extractivismo y el regreso del Estado por lo demás consiste en que, mientras muchos países combaten una guerra sacrosanta contra el capital financiero sobre el asunto de la deuda (como por ejemplo en estas semanas Argentina contra los así llamados ‘fondos buitres’), los precios de las materias primas en gran parte se establecen en los mercados financieros globales. Así las dinámicas financieras juegan un papel fundamental desde el punto de vista de la estabilidad económica del modelo, que por otro lado depende de la estabilidad de la demanda global de los recursos exportados. La reducción de la demanda asiática (y en particular china) de esta manera empieza a provocar una disminución del crecimiento, una reducción de los sueldos reales y conflictos sociales significativos en muchos países latinoamericanos (en particular en Argentina, donde una fuerte inflación actúa como multiplicador sobre estos procesos). La crisis global está empezando a afectar también a América Latina, después de muchos años en los que había sido considerada y de hecho se había manejado como una extraordinaria posibilidad de desarrollo.

Desde este punto de vista, hoy en día sería muy importante una profundización de los procesos de integración a escala regional, a través de la multiplicación de las asociaciones, de los acuerdos de cooperación, de los proyectos compartidos. Sin embargo, creemos que también en este sector se debe registrar un retroceso, primeramente por lo que se refiere a las opiniones públicas y el debate político. En los primeros años del nuevo siglo la dimensión regional se impuso con gran fuerza justo en este sentido, obligando a reformular el debate relativo a los problemas y los desarrollos internos de cada país dentro de un espacio supranacional que volvió a ser denominado con la fórmula de José Martí, *nuestra América*. Este nuevo sentido común una vez más había sido anticipado por los movimientos de los años anteriores y fue el marco en el cual se desarrollaron procesos concretos de integración. El regreso del Estado, sin embargo, parece coincidir, desde luego de manera no sorprendente, con el regreso de la nación e de la prioridad de sus intereses, como criterio esencial de orientación de la política exterior de cada Gobierno. Obviamente no faltan las declaraciones –no necesariamente rituales– de solidaridad en ocasión de conflictos que involucran a un país (por ejemplo Argentina debido a la controversia de las Malvinas, o Ecuador respecto al otorgamiento del asilo a Assange). Pero, por lo general, hoy en día en América Latina se asiste a un regreso a las relaciones bilaterales entre los Estados, mientras desde el punto de vista económico los gobiernos actúan un papel de respaldo para sus empresas en los procesos de proyección de las actividades y los intereses en otros países latinoamericanos. Potencias como la PDVSA venezolana y la Petrobras brasileña combinan así lógicas capitalistas y lógicas nacionales en su protagonismo en el sector extractivo.

Al mismo tiempo, con la fuerza de las cosas en ausencia de una verdadera voluntad política de rumbo opuesto, vuelven a presentarse lógicas hegemónicas que condicionan sobre todo el comportamiento de los dos países latinoamericanos más grandes: Brasil y Argentina. El primero, arrastrado por el poderío de su magnitud geográfica y económica, hoy tiende básicamente a la consolidación del eje BRICS (o sea la cooperación sur-sur con otras potencias emergentes), subordinando a este objetivo las relaciones interiores con América Latina. Argentina se repliega en sí misma, adoptan-

do políticas proteccionistas. En estas condiciones, fundamentalmente se deja a cada país no solo el manejo de las relaciones con las multinacionales (en particular con aquellas activas en los sectores extractivos) sino también con China, cada vez más presente en América Latina desde el punto de vista financiero y además, por ejemplo, en las construcciones de las infraestructuras y los negocios (con relaciones que involucran el mismo sector informal). Nos parece evidente que una mayor integración en la gestión de estas relaciones pondría las bases para imponer no solo condiciones de intercambio más favorables, sino también condiciones cualitativas y estándares más coherentes con los proyectos de profundización de la democracia a los cuales los gobiernos progresistas hacen referencia. Un ámbito muy delicado para comprobar la importancia de los procesos de integración es la *moneda*. En Ecuador, uno de los países donde más se habla de regreso del Estado y recuperación de la soberanía, la única divisa en circulación desde el año 2000 es el *dólar*. No solo el Gobierno de Correa no ha cuestionado este asunto, que al fin y al cabo no se concilia con la recuperación de la soberanía, sino que también sus opositores de izquierda lo consideran un tabú político (por la asociación entre dólar y estabilidad económica, difundida en particular en la clase media después de la espantosa crisis bancaria de 1999). Sin embargo, lo que pasa es que los economistas más expertos afirman que las bases macroeconómicas de la dolarización ya no existen y dentro de un par de años se deberá encontrar una alternativa. El contra-ejemplo argentino, con políticas que sí querían recuperar la plena soberanía monetaria y ‘pesificar’ la economía, pero pagando el precio de una inflación alta y una fuerte devaluación, muestra claramente que la vía de la integración regional sería la mejor, también desde este punto de vista.

El *impasse* que hemos tratado de enfocar mediante estas notas no nos lleva de ninguna manera al pesimismo. En estos años, en América Latina, la acción de los movimientos y los gobiernos ha construido materialmente un nuevo terreno de desarrollo político y una nueva dinámica de las fuerzas. Algunas roturas, la nueva legitimidad de sujetos salidos de la ‘subordinación’, la profundización del mismo concepto de democracia parecen ser irreversibles, bajo diferentes aspectos. En base a esto, sin embargo, también parece que está naciendo un *dispositivo de contención* de las nuevas fuerzas

ahora presentes en el escenario latinoamericano, en el cual el regreso del Estado, en la continuidad de un modelo de desarrollo neo-extractivista, se traduciría básicamente en dinámicas de redistribución (más o menos moderadas), en base a la capacidad de cada Gobierno de manejar el ingreso en el mercado mundial. Hemos indicado algunos elementos de fragilidad de este dispositivo, según nuestra opinión. Pero, más en general, estamos convencidos que hoy en día en América Latina hay las condiciones para forzar la rigidez del mismo dispositivo, para reabrir la dinámica política rumbo a la conquista de bases más sólidas de libertad e igualdad. Además creemos que esta reapertura puede llegar solo de un nuevo impulso por parte de los movimientos y su autonomía, aunque la misma referencia a los movimientos se debe actualizar —para no quedarse meramente retórico— en las nuevas condiciones establecidas por los desarrollos de la última década. En el *nuevo conflicto social* del cual se empieza a hablar en América Latina, nuevas contradicciones y nuevos sujetos se expresan a lado de rasgos de antagonismo heredados del pasado. Algunas estructuras institucionales a menudo parecen totalmente sumergidas en las constelaciones conflictivas emergentes y, de hecho, es posible imaginar alianzas y convergencias tácticas entre las estructuras y los movimientos. Nosotros quisiéramos que el debate se reabriera en base a todas estas cuestiones, también en el ‘dossier América Latina’ que abrimos hace mucho tiempo en el portal de *UniNomade*.